

lares y vulgares, (Santiago de Chile, 1921). Pese al dogmatismo, aparentemente sin base, de esta afirmación, sería aventurado sostener posición diversa. Debe corresponder al que Durán registra con el N<sup>o</sup> 847, y se halla en el *Romancero General* de 1614:

Victorioso vuelve el Cid  
A San Pedro de Cardeña  
De las guerras que ha tenido  
Con los moros de Valencia.

De los otros romances que componen esta sexta parte, dos se refieren a sucesos anteriores a la incorporación de Nuevo Méjico a Estados Unidos: a 1836 y 1841. La fuente de ambos es escrita.

Completan la obra las melodías de casi la tercera parte de los romances publicados y una bibliografía general, aparte de la que se da después de cada romance. Hay muy pocas omisiones que lamentar.

Todo esto nos lleva a plantearnos varias cuestiones: ¿Cómo se relacionan las versiones recogidas en hispanoamérica entre sí? ¿Cómo se relacionan todas ellas con las españolas? ¿En qué grado influye el factor geográfico sobre las versiones españolas llegadas a América casi simultáneamente? Todos estos son puntos distantes a los que el ilustre profesor de Standford no ha llegado, pero que libros como éste acercan cada vez más a los estudiosos.

*Alberto Varillas Montenegro.*

JOSEFINA ROMO ARREGUI, *Vida, poesía y estilo de D. Gaspar Núñez de Arce*, Madrid, 1946. RFE, Anejo XXXIV.

Al iniciar su estudio, la autora confiesa que los problemas que plantea la figura de Núñez de Arce le causan "perplejidad e indecisión". Esto no es sorprendente; don Gaspar constituye un personaje sui-generis: romántico de espíritu cuando el romanticismo ha desaparecido. Político de partido y crítico literario, periodista y académico, famosísimo en su época y poco menos que ignorado en la actualidad, su vida y obra parecen estar marcadas por una serie de contradicciones que oscurece la visión crítica. Justamente, hasta el hecho mismo de su nacimiento resulta materia de investigación. La aclaración de J. Romo al respecto, acaba con el misterio y las discusiones; sobre la base de los datos de Alonso Cortés y la obra de Luis Casero (seudónimo del mismo) nos enteramos, con todo lujo de detalles, que nuestro don Gaspar Núñez de Arce se llama en verdad Gaspar Yáñez de Arce, que fué hijo natural y que nació el 4 de agosto de 1832 y no el 4 de setiembre de 1834 como el propio interesado afirmaba. Esta delucidación tan necesaria es un meritorio acierto de investigación y —por qué no decirlo— de intuición femenina.

Literariamente, más nos interesaba una razón del actual estado de olvido en que yace el poeta. La revisión de su vida y sus afanes humanos nos da la pauta: don Gaspar fué antes que nada un político; un político que usó de la poesía como tribuna de propaganda ideológica y que la sometió estrictamente a sus intereses del momento. "Poesía sujeta al tiempo y a la retórica" (p. 48), la llama la autora; más adelante añade: "Su genio poético es genuino producto de su tiempo, y como tal debemos considerarlo". (p. 82). Por eso nos resulta ahora tan fría y lejana a nuestro gusto. Aparte de sus virtudes intrínsecas —fuerza de expresión poética, textura firme, cualidades "orquestales"— debemos hacer hincapié en su peculiar valor dentro de su generación, porque la posición que su nacimiento le deparó resulta crucial para los destinos literarios de España ya que, como poeta, fué admiradísimo y, como crítico, dirigió por años las corrientes de opinión más importantes de su patria. Así pues, debemos preguntarnos: ¿Fué don Gaspar un hombre que se afilió a un Romanticismo moribundo y trató de fortalecerlo, o miró hacia adelante y preparó los caminos al Modernismo? Romo Arregui establece claras distinciones; si, por un lado, Núñez de Arce es afín al Romanticismo en cuanto elección de temas (antibucolismo, la duda, el progreso y el siglo y el filohelenismo) y en cuanto a ideología, por otro lado, la evolución que se operó en su poesía de los últimos años, resulta un "punto de apoyo del paso del Romanticismo al Modernismo" (p. 81); acogiendo a la afirmación de Torres Ríoseco, la autora anota que Darío mismo mezcló influencia nuñezarcesca en sus versos y que su admiración por el poeta de Valladolid fué innegable. (Recordamos ahora: el nicaragüense destaca estas tres figuras cuando hablaba de la poesía del XIX: Zorrilla, Campoamor, Núñez de Arce).

Su misión catalizadora de la nueva corriente lírica constituye, pues, casi su único mérito literario a nuestros ojos; cierto que habría que añadir su ponderada facilidad de versificación (algo casi monstruoso), sus esfuerzos para renovar el terceto dantesco y el endecasílabo libre; pero el conjunto de sus virtudes queda empujado cuando se lo contraponen a sus escasísimos logros como artista: parnasiano en un país donde el parnasianismo no se plasmó nunca del todo, su poesía halaga nuestro oído pero nos deja vacíos; describe ricamente pero dice poco; abunda en rima, sonoridad, resonancia y eufonía pero su verbosidad ahoga todo intento de expresión natural y sincera. Al estudiar el lenguaje de su lírica, J. Romo dice que su "fin principal y premeditado" fué la declamación y, luego, respondiendo a la pregunta de por qué sus poesías suenan a hueco, afirma que ese efecto es una consecuencia del "incontenible chorro de adjetivos que se derrama en sus frases y, por añadidura, los adjetivos, casi todos epítetos, no ofrecen en su mayoría ninguna novedad..." (p. 127). El juicio es —hay que reconocerlo— bastante duro porque se hace teniendo siempre a la vista la poesía moderna, que parece impresionar tan favorablemente a la autora; ella manifiesta su desencanto al no encontrar en Núñez de Arce esos adjetivos de la lírica moderna que con curiosa expresión llama "adjetivos raros". No existe reproche de nuestra parte, pero el caso de Núñez de Arce se puede explicar más directamente: se trata de un hombre ganado y absorbido por la política e impulsado, quién sabe cómo, a la poesía, arte al cual, en consecuencia, no podía aportar otra cosa que no fuese ampulosidad y declamación. Juzgándolo dentro de estos límites estrictos podemos apreciarlo con acierto sin preocuparnos por los "adjetivos raros" que nos pueda traer Juan Ramón Jiménez o el simbolismo de la "poesía minoritaria". Por eso creemos que estas palabras resumen la mejor actitud crítica de la autora: "Núñez de Arce...

perdió la ocasión de ser en España un jalón importante en la transformación de la lírica y quedó, simplemente, como un muro de contención del romanticismo, no aportando, en su relativa reacción contra éste, ningún punto de vista nuevo. Se conformó con ser un poeta romántico, pero no del todo; un neoclásico, pero no completamente. Su puesto es el que corresponde a quien, como él, no se planteó un problema estético desinteresado". (p. 107).

El estudio contiene, además, como tercera parte, varios escritos relacionados con el poeta y poco conocidos: cartas inéditas, poesías olvidadas, composiciones dedicadas a don Gaspar; como apéndice, se consignan sus discutidas partidas de bautizo y otros documentos que certifican su vida política y artística. Una bibliografía hace del libro la visión más completa que se haya dado sobre la vida y obra de Núñez de Arce, hombre en quien tuvo tanta vigencia lo romántico que mereció nacer algunos años antes.

José Miguel Oviedo

JOAQUIN CASALDUERO, *Forma y Visión de "El Diablo Mundo"* de Espronceda. Madrid, Insula, 1951, 153 pp.

El lirismo de Espronceda, su voluntad de grandeza, impidieron a su época — época vista desde la prosa— comprenderlo bien a pesar de los enjundiosos conceptos de Ros de Olano, su prologuista de *El Diablo Mundo*. Este prólogo, tan traído y llevado por la crítica, tuvo al menos la virtud de hacer claras las diferencias de dicha obra con el Fausto. En verdad, la impresión de vastedad que el poema produce, recuerda el tema goethiano con bastante frecuencia.

En el presente estudio, Casaldüero pone énfasis al afirmar que en la formación poética de Espronceda, si bien no en su concepción, la influencia de Byron es más acusada. Además, rompe lanzas contra toda aproximación de *El Diablo Mundo* al Fausto y al Ingenuo. Por lo pronto sería conveniente recordar que el influjo byroniano ya fué definido por Goeffre y Brerenton (*Quelques précisions sur les sources d'Espronceda*, Paris, 1933) quien demostró que la influencia de Byron fué más bien tardía y sobre eso poco decisiva, porque la estancia del poeta en Inglaterra no influyó, o influyó poco, en sus maneras literarias. Más importante, decía, es la influencia francesa a través de Béranger y Hugo, y aún la neoclásica — gracias a Lista, su maestro— a través de Voltaire. En lo que atañe a lo segundo, recordamos el prólogo de Moreno Villa (*El Diablo Mundo*, Madrid, 1938) para quien el poema es "la epopeya de la Humanidad. Espronceda recoge del ambiente el tema de moda, y, según podrá verse, lo complica con los temas del Fausto y del Ingenuo de Voltaire. Todo el desorden y lo que ha de inseguro en la obra proviene de no haber dominado los puntos de partida que fijaron el escritor francés y el alemán". Y aún más: explica el supuesto fracaso del personaje central "porque Espronceda vacila entre Fausto y el Ingenuo. No opta por ninguno; funde los dos, pero de la fusión sale un héroe mal definido y sin solidez".